

...con las REVISTAS

EL CIERVO

Mayo 1957. núm. 55. L. Comis. El juego de saber lo que se piensa

En verdad que nos sorprendió un poco Lorenzo Gomis al proponer este juego. Nos ha sorprendido porque nos parece un poco peligroso poner a plebiscito esas ocho actitudes sociales que enumera y ofrece para que de ellas entresaquemos la que prefiramos. Yo no sé atinar a contestar. Es como si en el Sermón del Monte de aquellas ocho actitudes que bendijo Jesús tuviésemos que escoger una. Sin embargo, si hay que escoger voy a fijarme en la primera.

Decía Gomis: Los católicos tenemos la verdad. Natural, que salir diciendo esto desde el sector de extrema derecha del catolicismo podrá parecer un modo tácito —o no tan tácito— de darse la razón. Tiene también esta actitud el peligro de acomodarnos en ella y exclamar: aquí se está bien, y echarnos a dormir. Es un riesgo, es verdad; pero la frase es exacta. Tenemos la verdad: la verdad con minúscula; y pensamos en nuestra fe y en nuestro dogma y en nuestra moral; la Verdad con mayúscula, la Vida, el Camino: Cristo, Dios. Dios con nosotros.

Esto es ya bastante más serio. Porque si era un riesgo decir que teníamos la razón y la verdadera esencia de las cosas en nuestras creencias, ese riesgo, se ha esfumado con el apoyo de esa afirmación del Dios con nosotros: que fué el principio de nuestra redención en el Avemaría, —*Dominus tecum*—, al par que el saludo de aliento que desde el altar nos envía cada día, varias veces en su Misa, el Sacerdote: *Dominus vobiscum*: que el Señor sea con vosotros.

En todo esto y algo más pensamos al tomar en peso ese adagio que podría parecer un analgésico o un D.D.T. maravilloso: los católicos tenemos la verdad. Es un pensamiento que podemos tener, fomentar, manifestar y clavar en las puertas de nuestras casas. Pero no se nos oculta que es un arma de dos filos y su manejo, como siempre, peligroso.

Cabe el integralismo, y ver en cualquier avanzado un enemigo. Cabe el conservadurismo y tachar de atrevido y liberal a cualquier timorato que piensa por primera vez en su vida hacer lo que debía haber hecho desde el uso de razón. Cabe el clericalismo acendrado y reaccionario, que ve en cualquier adelanto una herejía y en cualquier chaqueta un candidato del infierno o poco menos. Caben muchas cosas más. Pero la verdad ontológica del aserto, el que el católico tenga la verdad, es intocable, pues precisamente eso es ser católico. Ni estimamos al integral, ni al conservador ni

al clerical porque lo sean sin más. Porque si de verdad analizamos las almas, y si de verdad nos interesan los hombres, no es por la insignia que lleven en la solapa, ni por el color con que se visten: buscamos y nos interesa el valor, la fe, la buena voluntad, la pureza de vida de cada uno de los que el Señor ha colocado junto a nuestro camino. Y claro que entonces viene ya bien aquello de "ni son todos los que están ni están todos los que son". Porque veremos católicos de insignias y cofradías, a los que las insignias y cofradías les sirvan para maldita la cosa, y en cambio cabe el tropezarse con hombres de bien en medio de una selva virgen. Y creo que hemos salvado el escollo. Porque la Iglesia, como Cristo en sus días, lo que mira es el corazón de los hombres y abiertamente proclama que un acto de caridad puede hacer a un infiel cristiano, como a un cristiano en pecado le puede abrir las puertas del cielo.

Y ya está bien de sermón. Pero creo que no convenía dejar escapar la ocasión de decir una vez más lo que es ser católico y lo que no lo es, y lo que lleva consigo ser católico. Y digo y repito que ser católico es estar en comunión con la doctrina íntegra de Cristo aceptada por las vías que Cristo instituyó en su Iglesia: su Magisterio. Y esta doctrina viene a ser como una investidura. Pero esta investidura bien podemos encontrárnosla —como nos encontramos dos, tres, cuatro hermanos al nacer, una cuna, un padre y una madre.... Después está lo otro: lo que nos tenemos que hacer nosotros, que es vivir con Dios que es la Verdad. Y entonces viene el ser o sólo parecer católico. El católico que tiene a Dios y el que no lo tiene, el que tiene la verdad y el que no puede tenerla, pues ha hecho de su vida esencialmente una mentira.

Carlos G. Hirschfeld, S. I.

